

Una lengua popular como un río vivo

Sofoco

LAURA ORTIZ GÓMEZ

Laguna Libros, Bogotá, 2021, 120 pp.

EN OTRO lugar dije que reseñar un libro de cuentos es difícil, y ahora que empiezo a comentar este de Laura Ortiz Gómez lo reitero. Alguna vez leí –creo– que pintar es renunciar a todo lo que no se puede pintar. Se puede decir lo mismo sobre escribir. Escribir sobre un libro como *Sofoco* es renunciar a todo lo que aquí no cabe: sus variadísimas voces, el protagonismo de plantas, ríos y animales, la contradicción constante de sus habitantes, el deseo que emparenta con lo inconcebible. Las reseñas se hacen con esa deuda impagable, pero deben hacerse.

La idea de que exista una “obra de arte nacional” que *represente* la realidad de todo un territorio en su heterogeneidad tiene ya muchas críticas. Algunas de esas opiniones sostienen que puede ser incluso violento –por sus olvidos impuestos, por ejemplo– proponer que tal cosa sea posible. El problema de los proyectos totalizantes es que los nudos históricos que tejen un país (que unen sus regiones, comunican a sus élites, animan sus reformas, configuran su institucionalidad, movilizan a sus pueblos, etc.) suelen quedar por fuera de los discursos nacionalistas que buscan legitimar una historia lineal y diáfana: comprensible y utilizable. En Colombia, incluso desde ciertas ciencias sociales autoproclamadas como liberales, la “violencia” ha sido la ente-lequia para hilvanar más de doscientos años de historia republicana y para unir más de un millón de kilómetros cuadrados de territorio. Un espíritu todopoderoso que recorre nuestra historia y la ordena, o mejor, la desordena, no la deja “progresar”. La explicación de todo: la “violencia” es nuestra gran fuerza elemental, y el fantasma escritor detrás de la “literatura del conflicto”.

Sofoco podría leerse como una respuesta contundente a ese ya gastado debate sobre la “literatura nacional”. Es un libro que no busca decir: “este es el país que habitamos, aquí está completo”, sino que se planta en distintos lugares de la geografía colombiana, y

va construyendo un mundo a partir de lo que los une: el deseo, la ternura, las voces populares, la monotonía de la guerra. Un mundo que, claro, nos ayuda a leer este que habitamos. Aquí exploraré algunos de esos elementos transversales a varios de los textos que conforman el libro, y luego me centraré en dos cuentos en particular.

Es probable que el elemento más común a todos los escritos sea el registro popular de sus narraciones. Pero la marcada “popularidad” de *Sofoco* no radica únicamente en que sus personajes sean casi todos, sin excepción, de las llamadas clases populares (campesinos, trabajadores de pueblos pequeños, habitantes de los barrios de estratos bajos en ciudades grandes, miembros de comunidades indígenas). Lo popular no es un elemento que dependa únicamente de la declaración y la descripción de lugares y objetos. Son las voces, sobre todo, las que le dan vida. Voces que no solo desde la primera persona, sino también desde la segunda o la tercera, logran construir una lengua viva en la que es posible expresar, por ejemplo, frases como: “Diluidos pero presentes. Como meter la cabeza debajo del Magdalena por la noche. No se oye nada, pero algo se oye” (p. 17), o: “Son como un señor normal, pero con la mirada cagada. Los ojos le huelen mal. Los ojos son en blanco y negro y están podridos” (p. 23). Frases en que la intuición poética habita la estructura del habla coloquial, que observa el mundo con los ojos torcidos, y le da vida con la lengua intoxicada.

Esa lengua popular tiene sus particularidades en cada cuento. En “El corazón del señorito” le da forma al deseo irrefrenable de un adolescente a través de un “trabajo” de brujería que nos lleva y nos trae entre el presente y el futuro para explorar todas las facetas posibles del amor. En “La cajita de Avon”, una funcionaria explotada de la alcaldía de Ciénaga de Oro busca el deseo propio en una telenovela rusa que ve, vestida únicamente con unos calzones viejos, en la televisión pública del Caribe. En “Mingus el ardiente”, un joven percusionista de San Basilio de Palenque conoce el jazz y, con él, oscila entre la vida más frenética y el estado de casi hibernación al que lo sume la llegada del otoño en Buenos Aires. En estos cuentos, es la lengua popular

de la narración la que da el soplo del espíritu a los lugares, a los personajes y, en definitiva, a sus destinos.

El recuento anterior hace evidente que también el deseo es un elemento central en *Sofoco*. En “Aíta la muerte”, una habitante de un pueblo ribereño entierra los cuerpos que bajan por el río, a veces únicamente como fragmentos. Busca darles una muerte digna, pero se encuentra con las profanaciones que trae la construcción de un bar justo al lado de su cementerio. Con eso, se enfrenta al pueblo mismo, al que obliga a escoger entre la dignidad de los muertos y la necesaria borrachera. El deseo, sin embargo, es capaz de traspasar todas las intenciones y enfrentar a la protagonista con sus fantasmas. La narración comienza macabra, grave, centrada en una sepulcra que genera rechazo y también solidaridad en su comunidad, que reflexiona sobre el sinsentido de la guerra y los rituales de la muerte. Y poco a poco, mientras pasa a la confrontación moral con el sacrilegio, e incluso casi a la legal con la falta de un orden que la alcaldía se niega a hacer cumplir, la narración va dejando atrás el tono grave hasta que el deseo llega, como siempre, de forma abrupta e inesperada. Deja a Aíta desubicada, y a quien la lee también, en su paso del silencio que atesora en el cementerio, a la turbulencia de la atracción, y nuevamente al silencio del placer. De los cuerpos desmembrados y podridos, pasamos a los cuerpos sudados, mojados y excitados. El río, entre tanto, también se transforma, y el cuento termina con un barrizal de cuerpos en descomposición.

“Aíta la muerte” es una historia magistral que en medio de sacrilegios e indignidades construye a una protagonista, justamente, desde la dignidad de una voz que no se calla. Que es capaz de encontrar el mundo en su extrañeza, que lucha contra unas corrientes, pero se deja revolver por otras, y que siempre tiene la palabra necesaria para nombrarlas, incluso desde el asombro. Un enigma, sin duda, para la violentología.

Otro gran aglutinador narrativo es la ternura, presente en casi todos los cuentos, pero ejemplarmente construida en “Tigre americano: *Panthera onca*”. En este, la voz en primera persona de una niña campesina elabora

| RESEÑAS | | CUENTO |
|---|--|--------|
| <p>poco a poco el ambiente de misterio y cariño que hace andar la narración. A través de su mirada y sus palabras, podemos reconstruir la historia de venganza de un grupo de mujeres explotadas por la economía cocalera impuesta por “ellos”, un grupo de hombres que han implantado un régimen de terror. Poco a poco entendemos, por ejemplo, que hay una cierta violencia que “ellos” ejercen sobre las mujeres, que siempre se mantiene en el secreto, y de la que sin embargo tenemos suficiente información para hacernos una idea clara.</p> <p>También vemos tomar forma, frente a los ojos de la niña, a la figura protagonista de “la tigre”, un jaguar hembra cuidado por las mujeres del pueblo, quienes tienen para ella una misión especial: la de liberarlas a todas de la opresión de los cocaleros. La voz de Milena, la narradora, tiene la inocencia de quien desconoce las razones de mucho de lo que ve y escucha, pero también la avidez de respuestas y la capacidad de interpretar lo que vive con insolencia y sin miramientos. Con ella, la tigre surge como una sombra y va ganando carne con las páginas, envuelta en una trama que no responde de manera unívoca a la cuestión del cuidado: hay venganza y utilización de un animal como un “arma” de guerra, separación forzada y crianza colectiva de una cachorra, dolor compartido y furia por alguna clase de justicia. De forma similar a lo que sucede en otros cuentos como “Un toro bien bonito” o “Parto de vaca”, Ortiz Gómez atraviesa los límites humanos de las tensiones que viven los protagonistas. Los animales les dan así nuevas vueltas a esas características que cierta tradición ha reservado de forma exclusiva para ciertos “hombres”, como la ternura, el cuidado, el parentesco y la responsabilidad.</p> <p>Con todo esto, <i>Sofoco</i> no solo nos enfrenta a las múltiples posibilidades que tiene el cuento como género, con esa forma tan propia de abarcar lo múltiple, lo que se conecta de formas oblicuas. También es una obra sobre los mundos posibles que abre una lengua popular viva, que forma su mundo (este mundo) y se deja, a la vez, deformar por él, y que se resiste a ser encauzada por discursos de gastado nacionalismo como los que han</p> | <p>intentado “explicarnos”. Porque la lengua literaria no explica: hace arder y en sus destellos aparece la verdad.</p> <p style="text-align: center;">Jose Castellanos</p> | |